

RESEÑA

Egea, María Angulo *Inmersiones. crónica de viajes y periodismo encubierto*. Ediciones Universidad Autónoma de Barcelona, 2017. 188 pp.

Andrés Alexander Puerta Molina
Universidad de Medellín

Uno de los asuntos más complejos en la escritura de textos de ficción o no ficción, es la definición del tipo de narrador que va a utilizarse para escribir una historia. El asunto se complica si ese narrador se usa para contar una historia real. La tradición ha hecho que se crea que en periodismo es necesaria una figura antiséptica, que toma distancia y no se involucra en el relato; pero en periodismo hay muchos casos que demuestran que esa es una visión bastante parcial y tan solo tiene que ver con el periodismo informativo. De hecho, en la labor periodística se han desarrollado diferentes métodos para concebir la escritura, hay procedimientos diversos, aunque los autores se dediquen a un mismo fin, explorar la literatura periodística del yo, que es literatura porque tiene un fin estético y es periodística porque contiene información real escrita a través de una mirada personalísima que dice presente, acá estoy, soy el protagonista de mi propio relato. Dentro de los recursos más importantes para este tipo de exploración están la inmersión y la suplantación, dos de las técnicas exploradas por María Angulo Egea, en su libro *Inmersiones. Crónica de viajes y periodismo encubierto*.

En el Nuevo Periodismo norteamericano, uno de los aspectos más importantes para la escritura de los textos era la inmersión, “descubrí que uno tiene que comprender una gran cantidad de cosas aunque solo sea para escribir un pequeño fragmento. Una cosa lleva a otra. Hay que meterse dentro del asunto para hacer que casen las piezas” (Sims 20), las palabras son de John McPhee, quien practicaba con tenacidad la inmersión:

Para McPhee, y para la mayor parte de los demás periodistas literarios, la comprensión comienza con un contacto emocional, que sin embargo pronto lleva a la inmersión. En su forma más simple, la inmersión significa tiempo dedicado al trabajo (20).

Para los cronistas es muy importante la cantidad de tiempo que se dedica al oficio y además algunos se meten de lleno en las historias, dejan parte de su ser y sus creencias para contar relatos más vivos. En este caso hay una herencia directa del periodista norteamericano Hunter S. Thompson, quien se volvió famoso por desencadenar los sucesos que iba a retratar, también por su protagonismo premeditado que llevan a la creación del llamado periodismo *Gonzo*. La primera muestra del *Gonzo* se dio en una crónica narrada en primera persona sobre las carreras de caballos en Kentucky, “Para ser *gonzo*, se necesita el talento de un maestro periodista, la mirada de un artista o un fotógrafo, y las bolas bien plantadas de un actor”, afirmó Thompson acerca de ese primer relato.

También ha dejado huella el periodista alemán Günter Wallraf quien, en su afán de denuncia, se disfraza de distintos personajes para retratar, desde adentro, las condiciones de vida del grupo al que escogía, como en su famoso libro *Cabeza de turco*, con el que denunció los abusos que cometían los patrones alemanes en la persona de los inmigrantes turcos.

María Angulo va mucho más atrás y se remonta a antecedentes como los de Nellie Bly, John Reed, Manuel Chaves Nogales o George Orwell y también analiza referentes más contemporáneos como: Martín Caparrós, Leila Guerriero, Lydia Cacho o Sergio González Ramírez.

En el primer capítulo, Angulo intenta dar una definición al género de la crónica. Una de las grandes críticas que se han hecho desde Europa al periodismo latinoamericano es la indefinición de fronteras entre los diferentes géneros, que no permite unos horizontes claros cuando se habla de crónica, perfil, reportaje o entrevista. La estructura modélica de los géneros sustentó la creación de las escuelas de periodismo y da unas pautas frente a lo que deben esperar los lectores y ofrece un mapa de ruta para los escritores. En la sustentación de su definición, María Angulo recurre a clásicos como: José Luis Martínez Albertos, Lorenzo Gomis o Álex Grijelmo y llega hasta percepciones mucho más contemporáneas como las expresadas por Rosana Reguillo o Martín Caparrós, pero no se agota en los teóricos, también se aventura a ofrecer aportes propios. Al final queda una idea de un género con una tradición rica y un presente vital que augura materiales bien investigados, con una alta riqueza literaria y entretenidos.

Luego se centra en el tema de la crónica de viajes con autores como: David Foster Wallace, Carolina Raymúndez, Paul Bowles, Patricia Almarcegui. Muestra la diferencia entre las características de los cronistas viajeros en el siglo XIX y los de la actualidad, marcados por la certeza de que casi todos los espacios que relatan ya han sido descubiertos, contados, y únicamente les queda el redescubrimiento, la visión personal marcada por la mirada, el tipo de detalles en los que se enfocan los buenos contadores de historias. En la época de Google Earth, Google Maps, los GPS y las recomendaciones de otros viajeros que utilizan Trip Advisor, hay que pensar en nuevas formas de contar un viaje. Ya no se busca el exotismo y aparece la categoría del

metaviajero, propuesta por Jordi Carrión, que busca un compromiso emocional con el paisaje y no únicamente el paso fugaz para obtener una foto, la misma que aparece en múltiples perfiles de redes sociales.

El viaje es también el protagonista del tercer capítulo, donde se comienza visualizando al viajero como un vanidoso que pretende saber más que los demás. En sus páginas desfilan una serie de nombres canónicos dentro del relato de viajes y otros no tan indiscutidos, hay evidencia de una labor de la investigadora que pretende abarcar lo que más pueda de un tema. Ahí está uno de los grandes méritos de Angulo, ese rigor investigativo de académica, pero también de periodista ávida de abarcarlo todo sobre un tema. En sus páginas también es clara la reivindicación de nombres femeninos, las mujeres han escrito relatos fascinantes que, muchas veces, no han tenido la misma repercusión que los que han sido escritos por hombres, este libro tiene una clara perspectiva de género que lo alimenta.

En el cuarto capítulo, Angulo también hace un tránsito por otros ejemplos de la inmersión y se concentra en el caso español, el ejercicio historiográfico permite entender los alcances de esta forma de literatura periodística testimonial, las diferencias, las particularidades, la importancia capital dentro del desarrollo de la narrativa en diferentes países.

El quinto capítulo es un homenaje a una pionera, la norteamericana Nellie Bly, quien dejó la piel en el relato de su experiencia en un manicomio, con el objetivo que después tuvieron referentes como Günter Waltraff. Bly denuncia los abusos a los que son sometidas las internas en los hospitales psiquiátricos. Su labor es de periodista, escritora, pero también actriz, antropóloga, de infiltrada. Lo que hace Bly es llevar al extremo la inmersión, se pone de frente al relato, lo vive en carne propia con la determinación del protagonista que sufre cada uno de los sucesos, Angulo denomina a este tipo de ejercicio “periodismo de infiltración” y afirma que “la riqueza de estos reportajes, escritos en una narrativa sencilla y sin barnices, subyace en la fuerza de lo que se denuncia, y en el poder de lo testimonial”. Lo que hace Nellie Bly está sustentado por la tradición de un gran periodismo de investigación, el de los denominados *muckrakers*, despreciados por el presidente Roosevelt por denunciar casos de corrupción. En este capítulo, precisamente, se percibe otro de los aciertos del libro, tratar de leer las costuras de los reportajes que componen *Diez días en un manicomio*, descifrar el método de trabajo de Nellie Bly, enseñarnos sus virtudes y sus dudas. Este ejercicio implica una alta complejidad investigativa porque requiere una lectura más profunda.

El siguiente capítulo aplica una perspectiva de género, muestra cifras, datos, casos, que nos permiten entender que, aunque se ha avanzado, todavía falta mucho para que las mujeres tengan un papel protagónico en los medios de comunicación, sobre todo en los puestos de poder.

El capítulo siete está dedicado a la peruana Gabriela Wiener, una de las principales exponentes de la inmersión, quien disfruta y sufre sus textos, en ellos está

más que el simple deseo de retratar una experiencia, hay un tono íntimo y tan personal que parece hablarle al oído del lector, como si estuviera contándole un secreto. Hay, además, un desenfado a la hora de relatar las historias que sorprende y seduce. Gabriela es coqueta y encantadora, es sincera y tierna. Hace que el lector se comprometa con sus historias. Fue formada en la escuela de la revista peruana *Etiqueta Negra* y allí aprendió un método riguroso, la necesidad de dar autoridad a los textos con toda la información posible; pero a diferencia de otras voces que han caído en la uniformidad, su voz se mantuvo potente y fresca y eso ha perdurado a lo largo de sus libros.

El último capítulo es una crónica de la propia María Angulo, quien explora desde la orilla contraria, es un ejercicio arriesgado en el que la investigadora toma el lugar de la periodista que se sumerge en la historia. María Angulo practica la inmersión en un lugar paradisíaco andaluz, en una playa de arenas blancas y mar de colores, con una notable influencia árabe y *hippie*. La estudiosa se convierte en cronista y tiene que lidiar con los defectos y virtudes que enfrentan los autores que estudia, esa disección sin anestesia demuestra una apropiación notable de los recursos de los periodistas narrativos. Angulo cruza la frontera y desafía las normas de los textos académicos, a la vez que reivindica los procedimientos de los cronistas como métodos investigativos válidos. Este capítulo es un gran cierre para el libro, el único posible, cuando un investigador quiere adentrarse en uno de los recursos más importantes para contar una buena historia real, practicar la inmersión y, además, el periodismo de viajes.